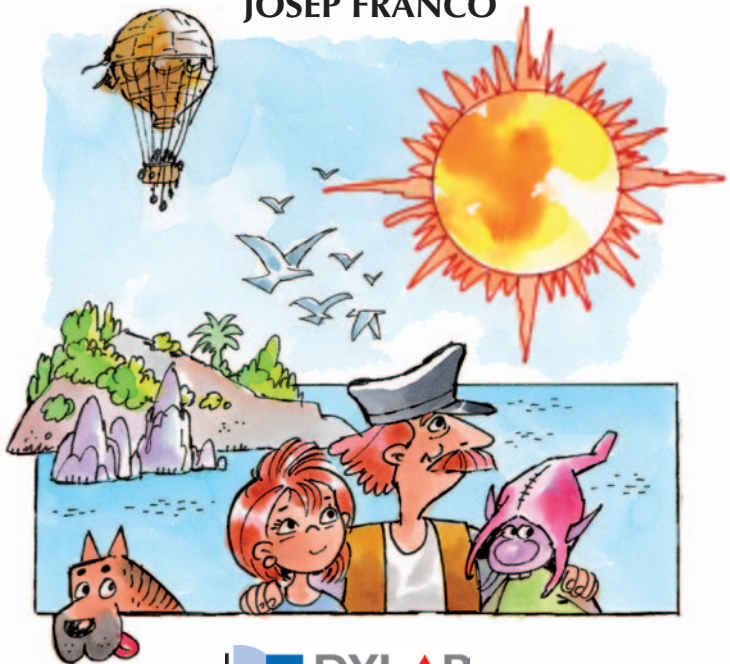


# La isla del Sol

JOSEP FRANCO







Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



## **Ilustración**

Antonio Perera

## **Coordina la colección**

Equipo Dylar

## **Diseño**

Alfonso Méndez Publicitat

## **Maquetación**

copion

## **Fotomecánica**

copion

## **Impresión**

Brosmac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-92795-47-5

© Josep Franco

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: [dylar@dylar.es](mailto:dylar@dylar.es)

[www.dylar.es](http://www.dylar.es)

Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

JOSEP FRANCO

# La isla del Sol



 **DYLAR**  
ediciones

## Josep Franco

---



Josep Franco (Sueca, 1955) ha publicado un número considerable de libros, algunos de los cuales han sido traducidos a diversas lenguas; además de novelas y narraciones dirigidas al público lector general, ha escrito libros para niños y jóvenes, como *Ulisses*, *el meu gat*, *Quatre històries d'animals* o *El misteri de l'aigua*, aunque su novela más conocida es *L'últim roder* (El último bandolero), que ha superado ya las veinte ediciones. Su literatura se basa en la tradición oral y mitológica de las culturas mediterráneas, sobre todo, y también en las virtudes que le gustaría que compartiéramos todos los humanos.

## **Rellena tu ficha**



El autor de *La isla del sol* se llama . . . . .

. . . . .

De los libros que ha publicado algunos han sido traducidos . . . .

. . . . .

Ha publicado libros para jóvenes y niños, como . . . . .

. . . . .

. . . . . ,

aunque su novela más conocida es . . . . .





## ***Laura se va al campo***

La pequeña Laura Robles no solo había heredado las pecas y, sobre todo, el cabello rojizo y rebelde que su abuelo Saturnino parecía haber ido perdiendo con el paso del tiempo, sino también su espíritu aventurero y su curiosidad, llamémosla científica. Por eso, en cuanto terminaban las clases y mostraba las notas, generalmente buenas, a sus padres, Laura preparaba sus maletas, en las que nunca faltaban un par de buenos libros de aventuras, se despedía de su madre con un beso y de su padre con una carantoña, y

se disponía a olvidar durante un tiempo las impertinencias de sus amigas y amigos, las órdenes de sus profesores y la vida monótona y previsible que continuaba su lento curso en las calles y en las casas de Villasfaltada de Osea, la moderna urbanización a la que se había trasladado su familia hacía un par de años.

Así, a finales de junio, como cada año desde que Laura sabía valerse por sí misma, mientras sus padres soñaban con las próximas y merecidas vacaciones, ella corría a pasar unos días en el campo con su querido abuelo Saturnino.

Aunque lo de correr, claro, es solamente una manera de hablar; en realidad, Laura iba en tren hasta Ávila, donde la esperaba su abuelo Saturnino y, después de comer y de dar un agradable paseo por la ciudad de las

murallas, ambos continuaban su viaje en un vetusto autobús, por carreteras abruptas y cada vez más estrechas, hasta Aldeavieja del Tormes, la pequeña localidad de la sierra de Gredos de donde procedía, al parecer desde tiempos ancestrales, la familia Robles.

Aldeavieja del Tormes era un pueblecito encantador, de casas bajas con paredes de piedra y tejados rojos, como las casitas de los cuentos, situado junto al río que le daba nombre y al pie del Berrueco, la modesta montaña cuya silueta gris, recortada contra un cielo siempre azul, durante el verano, era la imagen que Laura conservaba en su memoria, para consolarse, durante los inviernos soporíferos de Villasfaltada de Osea.

Saturnino Robles había sido un científico muy reputado en su campo,

que trabajó durante varios años en el Consejo Superior de Inventos Raros (CSIR), hasta que su abundante cabellera de sabio despistado se convirtió en una calva reluciente. Pero el hecho de haberse jubilado no mermó ni una pizca su curiosidad y, aunque alejado de un mundo que cada día le parecía menos interesante y más desconcertante, Saturnino continuó fabricando cosas raras en su desordenado laboratorio de Aldeavieja y fumando aquella vieja pipa de marino que dejaba a su paso una densa estela de humo aromático.

Por otra parte, y aunque los inviernos en Aldeavieja del Tormes parecían interminables, cuando el frío cubría con un velo blanco el verde de los prados, el gris de las montañas y el rojo de los tejados, Saturnino no se sentía solo en aquella inmensidad nevada. Mientras su nieta Laura luchaba

día a día por convertirse en una mujer libre e independiente, cumpliendo con sus obligaciones habituales en Villafalada de Osea, Saturnino contaba con la ayuda y la simpatía de los escasos vecinos del pueblo y, sobre todo, con la compañía de *Sam*, un bóxer atigrado de carácter apacible, mirada triste y espíritu juguetón, cuya inteligencia maravillaba a propios y extraños.

Pero, aunque *Sam* era muy inteligente y su fidelidad y valor lo convertían en un amigo inseparable y en un seguro de vida en los momentos de peligro, la verdad es que Saturnino escondía otro pequeño secreto que le hacía compañía y le ayudaba a soportar perfectamente los crudos inviernos de la sierra de Gredos y la ausencia de su querida nieta.

Sin que nadie supiera muy bien cómo, un buen día de otoño, algunos

años antes de que naciera Laura, apareció por la casa un duende llamado Max que, al ser descubierto por el abuelo Saturnino en el desván, declaró, muy enfadado:

—Hasta ahora, yo había vivido libremente, sin meterme con nadie, en mi bosque de abetos. Pero los incendios, las urbanizaciones y otras calamidades creadas por los humanos me han dejado sin hogar. Por lo tanto, y puesto que los duendes habitamos este planeta desde mucho antes que los humanos, considero muy ajustada a derecho mi decisión de venirme a vivir al hogar de un ser humano, para poder terminar mis días en este mundo con la mayor dignidad posible.

Como es natural, el abuelo Saturnino se quedó de piedra al oír las razonables palabras del duende, por lo que le abrió de par en par las puer-



tas de su casa y, sobre todo, las de su despensa. Aunque también lo de abrir las puertas era una manera de hablar, puesto que, en realidad, nadie conocía la existencia de Max, excepto Saturnino, Laura y el malhumorado Sam que, desde que llegó a la casa, cuando Laura apenas tenía seis años, no se llevaba nada bien con aquel ser diminuto, inquieto y bromista, cuyas habilidades parecían infinitas.

Porque Max, trabajador infatigable como todos los de su especie, aunque odiaba a los perros casi tanto como a los gatos, no solo ayudaba a Saturnino a convertir sus ideas en objetos inverosímiles, sino que también cocinaba como los mejores chefs del mundo, lavaba, planchaba, mantenía la casa limpia como los chorros del oro, confeccionaba hábilmente su ropa y, a veces, la del abuelo, y aún tenía tiempo de sobra para convertirse

en la pesadilla del vecindario con sus bromas y travesuras.

De manera que, durante sus vacaciones de verano, Laura no se aburría nunca, puesto que, por la mañana, salía a pasear con *Sam* por los agradables senderos que recorrían el bosque; a mediodía, se bañaba en las aguas frías y cristalinas del Tormes; por las tardes, leía a la sombra, mientras su abuelo, con la excusa de la pesca, imaginaba nuevos inventos; y a lo largo del día, se convertía a menudo en cómplice de las travesuras de Max quien, a cambio, la enseñaba a preparar exquisitos postres.

Pero aquel verano se anunciaba mucho más divertido que los anteriores porque el abuelo Saturnino había preparado una sorpresa que iba a convertir las vacaciones de Laura en una aventura inolvidable.

En cuanto bajaron del autobús frente al mesón de Enriqueta, cargados con las maletas de Laura y con algunos víveres que Saturnino había comprado en la ciudad, *Sam* salió a recibirlos con sus habituales muestras de cariño baboso, que solían dejar rastro en las ropas de sus víctimas, mientras Max terminaba de preparar su cena de bienvenida, que era cada año más copiosa, más sabrosa y más nutritiva porque, según él, Laura necesitaba alimentarse mejor cada año, puesto que iba creciendo y asumiendo nuevas responsabilidades.

Aquella primera noche no hubo novedades dignas de mención, si exceptuamos el estofado de ternera y los tocinillos de cielo que preparó Max. Pero cuando terminaron de cenar y Laura, feliz y fatigada, se acostó entre las sábanas que despedían una agradable fragancia de manzanas y

espliego, el abuelo Saturnino le anunció que, al día siguiente, le daría una sorpresa.

La niña, que conocía perfectamente el carácter de su abuelo y su imaginación desbordante, adivinó enseguida que debía de tratarse de un nuevo invento, probablemente mucho más extravagante que todos los anteriores, y trató de adivinar qué clase de cacharro había construido su abuelo esta vez. Pero en cuanto cerró los ojos para intentar poner en marcha su fantasía, se quedó profundamente dormida y ni siquiera en sueños pudo adivinar de qué se trataba.

A la mañana siguiente, la casa se fue animando poco a poco. El primero en despertar, cuando apenas despuntaba el alba más allá de la cima del Berrueco, fue Max que, como siempre, se apresuró a preparar el de-

sayuno con la leche recién ordeñada de *Lucera*, la vaca que rumiaba plácidamente en el establo, y los huevos recién puestos que las gallinas parecían esconder en los lugares más insólitos del corral.

Un par de horas después, el abuelo Saturnino abrió de par en par las puertas del balcón para saludar al sol con sus cotidianos ejercicios de gimnasia sueca. Mucho más tarde se desperezó *Sam*, que reclamó rápidamente su ración matinal, compuesta casi siempre por las sobras de la noche anterior.

Y cuando en el reloj de la iglesia sonaban las doce campanadas del mediodía, Laura abrió los ojos tímidamente, se desperezó, imitando los movimientos de *Sam* cuando desentumecía sus músculos, y estuvo a punto de darse media vuelta para continuar

durmiendo, por lo a gusto que se estaba en la cama. Pero Max irrumpió en la habitación como un diminuto vendaval: apartó las cortinas, abrió de par en par las ventanas del balcón y anunció a voz en grito que el abuelo Saturnino había convocado una asamblea general en el patio trasero de la casa, lo cual siempre significaba que había un nuevo invento a la vista.

Laura intentó protestar, aunque sin demasiada convicción:

—Querido Max —suspiró—, te recuerdo que estoy disfrutando de unas merecidas vacaciones...

—Si levántate a mediodía, con un apetitoso desayuno ya preparado sobre la mesa y sin ninguna obligación importante que cumplir te parece una mala forma de empezar tus vacaciones, querida niña —le advirtió Max, con voz burlona—, espera a ver la

sorpresa que te ha preparado el viejo para mañana y tal vez decidas regresar a casa hoy mismo.

Era ya casi la hora de comer cuando Laura salió al patio, donde se encontró con un objeto bastante grande, cubierto con una lona que parecía la carpa de un circo. De pie al lado de su último invento, el abuelo Saturnino fumaba su pipa, visiblemente orgulloso, mientras *Sam* corría de acá para allá, olfateando la lona y temiéndose lo peor.

Cuando el abuelo Saturnino dio la orden pertinente, Max tiró solemnemente de un cordel: la lona cayó a un lado, dejando al descubierto un pequeño dirigible formado por una enorme esfera, confeccionada con tiras de seda de los más diversos colores, de la cual colgaba una pequeña cesta de mimbre en la que apenas cabían dos pasajeros.



Desde luego, era una sorpresa digna del abuelo Saturnino, que sonreía satisfecho al ver que su nieta no era capaz de cerrar la boca, a pesar de los ladridos de *Sam*, que no veía con buenos ojos aquel colosal bicho multicolor.

—¿Te gusta? —preguntó, sin esperar respuesta, el abuelo—. Lo he llamado *Dédalo*, en recuerdo del primer hombre que quiso volar...

—Me encanta —confesó Laura—. ¿Podemos dar un paseo?

—Todavía no —la desanimó el abuelo—. Hay que ajustar aún muchos pequeños detalles y revisar todos los mecanismos de seguridad; pero si Max me ayuda y *Sam* y tú no nos dais demasiado la lata, tal vez mañana podamos intentar un vuelo de prueba.

—Yo me encargo de entretener a

*Sam*, abuelo —se ofreció Laura, deseosa de colaborar y de volver a recorrer los paisajes que no veía desde el verano anterior.

Así, mientras Laura paseaba por los agradables senderos del bosque con *Sam*, el abuelo Saturnino y Max trabajaron duramente en el *Dédalo* hasta que la oscuridad les impidió continuar. Pero como no querían decepcionar a Laura, que se había mostrado muy ilusionada con el vuelo de prueba, dejaron listo el dirigible para emprender el viaje a la mañana siguiente.

Para Laura, aquella segunda noche transcurrió mucho más deprisa que la anterior; por una parte, porque no se encontraba tan cansada por el viaje y, además, porque tuvo un sueño muy raro, poblado de imágenes agradables que, sin embargo, le provocaban

una inquietante sensación de peligro. Cuando despertó, con las sábanas enrolladas entre las piernas por lo mucho que se había agitado durante la noche, oyó los ladridos de *Sam* y las voces de su abuelo, que debía de estar riñendo a *Max* por alguna de sus travesuras. Al parecer, todo el mundo había madrugado mucho aquella mañana y, desde luego, a nadie le faltaban motivos para hacerlo.

Laura saltó de la cama, desayunó a toda prisa y preparó una bolsa de viaje con alguna ropa de abrigo, como le había aconsejado el abuelo Saturnino, por si el paseo en dirigible se complicaba o por si, debido a la altura, sentía un poco de frío. Cuando, ansiosa por emprender el viaje, Laura salió al patio, comprobó que *Max* y su abuelo no habían perdido el tiempo. El *Dédalo* estaba preparado para emprender su primer viaje y el abuelo,

que ya se había acomodado en el interior de la canasta, le pidió que se diera prisa porque quería aprovechar los vientos favorables.

Aunque aquella cestita de mimbre no era, precisamente, un lugar confortable, la habilidad de Max había conseguido sacarle el máximo partido a tan pequeño espacio. En el interior de la canasta había unas bolsas con algo de comida y una neverita con agua y refrescos, porque la intención del abuelo Saturnino era dar un pequeño paseo y bajar a comer en algún prado solitario. También habían colgado unas cuantas bolsas llenas de arena alrededor de la canasta: servirían para aligerar el peso del dirigible si se producía algún contratiempo. Y, para sujetar el dirigible cuando aterrizaran, contaban con una vieja ancla que Max había rescatado, hace muchos años, de un viejo barco, cuando visitó a sus primos de Galicia.

Ayudada por su abuelo, Laura se metió también dentro de la canasta y entonces comprendió por qué *Sam* ladraba tan desconsoladamente: el perro los miraba con unos ojos muy expresivos porque imaginaba, con razón, que no iba a formar parte de la tripulación del *Dédalo*. Y también *Max* parecía enfurruñado por el mismo motivo. De manera que el abuelo Saturnino, tras consultar a Laura con una mirada, decidió, finalmente, aceptarlos en el dirigible, a pesar del riesgo que representaba llevar tanto peso en una nave tan frágil.

Por fin, cuando *Sam* pudo situarse, no sin problemas, a los pies de Laura, *Max* cortó las cuerdas que sujetaban el dirigible y, al saltar al interior de la canasta, cayó sobre el tembloroso *Sam*, que ni siquiera protestó por el atropello porque ya tenía bastante con lo suyo. Lentamente, el *Dédalo*



inició su ascensión, muy bien dirigido por el abuelo, que tenía mucha experiencia, y sin que *Sam* se atreviera a mirar hacia abajo. Lo primero que vieron los viajeros fueron los tejados rojos de Aldeavieja y las caras de estupor de los vecinos, sorprendidos por la inesperada aparición de aquel artefacto volador.

A medida que el *Dédalo* se elevaba, la suave brisa iba refrescándose, mientras las casas, los animales, los coches y las personas iban disminuyendo de tamaño, hasta que Aldeavieja y los demás pueblos de la ribera del Tormes se convirtieron en pequeñas maquetas, distribuidas caprichosamente sobre una enorme superficie que combinaba los colores verde y ocre. El *Dédalo* surcaba por primera vez los cielos, impulsado por una suave brisa que, poco a poco, lo iba alejando del Berrueco.